

NEW LEFT REVIEW 105

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2017

EDITORIAL

PERRY ANDERSON La primavera francesa 7

ARTÍCULOS

JULIAN STALLABRASS Sobre las fotografías icónicas de la guerra 33

TOM HAZELDINE La revuelta de las áreas industriales deprimidas 57

PATRICIA MCMANUS De Huxley a Eggers 89

OWEN HATHERLEY Las capitales de Therborn 117

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Extravagantemente: ¿un tribuno *tory*? 145

ALICE BAMFORD Desafiantemente: una liberal en la Guerra Fría 154

TOM BARKER Tranquilamente: neoprogresista 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

PERRY ANDERSON

Editorial

EL CENTRO PUEDE AGUANTAR

La primavera francesa

FRANCIA, QUE ES geográfica y políticamente la bisagra de la Unión Europea, donde se unen sus territorios septentrionales y meridionales, ha sufrido en su interior un cambio de situación más drástico que cualquier otro Estado miembro. Alemania, que ya contaba con la mayor economía y población antes de la unificación, se ha convertido, una vez más, en la potencia dominante en el continente, y como sus personalidades más francas reconocen abiertamente, es hegemónica en la Comunidad. España, marginada durante mucho tiempo por la pobreza y la dictadura, ha vivido la entrada en ella como estímulo para alcanzar la prosperidad y la respetabilidad europea. Ambas tienen razones para sentirse satisfechas de su pertenencia a la UE. Italia menos, aunque su deslizamiento económico bajo la moneda única no ha alterado sustancialmente lo que siempre fue un papel de apoyo y no de liderazgo en la Comunidad. Francia, por otra parte, que fue en otro tiempo preeminente entre los seis países fundadores, capaz bajo De Gaulle de someter a los otros cinco a su voluntad, siendo los funcionarios y la lengua francesa preponderantes en su influencia y uso en la Comisión, y hasta el final de la década de 1980 todavía su socio diplomático principal, junto a Alemania, ha experimentado una caída sin paliativos desde su altura anterior. Esto fue en parte consecuencia inevitable de la reunificación alemana, que dio automáticamente a la República Federal una mayor ventaja demográfica y económica; pero sus causas eran sobre todo endógenas.

Los índices de pérdida de posición del país, la mayoría de ellos discutidos a fondo en los debates nacionales, son abundantes e innegables. Muchos se remontan a la década de 1990, pero se han acentuado desde la crisis de 2008. Económicamente, el crecimiento se ha detenido, promediando menos del 1 por 100 anual; el desempleo aumentó hasta el 10 por 100 –25 por 100 entre los jóvenes¹, el presupuesto ha mostrado números rojos durante más de cuarenta años; la deuda pública ha alcanzado el 96 por 100 del PIB; la renta per cápita apenas se ha modificado. Desde el punto de vista diplomático, París ha seguido cada vez más en Europa la marcha de Berlín y, en el mundo en general, la de Washington, careciendo sus elites de independencia significativa en cualquier terreno. Culturalmente, el inglés se ha convertido en la *lingua franca* oficial y popular de la Unión. Socialmente, ningún otro gran país de la Eurozona ha visto tales niveles de malestar social y racial, o expresiones tan sustanciales de insatisfacción popular con el estado de la nación. Desde hace años, con breves intervalos, la *morosité* [abatimiento] se ha convertido en el estado de ánimo predominante.

I

Políticamente la Quinta República, creada por y para De Gaulle, con una concentración nunca vista de poder ejecutivo en la Presidencia y una Asamblea legislativa apañada para excluir a los agitadores, funcionó más o menos suavemente durante treinta años después de su muerte, hasta el final de la época de Mitterrand en el Elíseo. Para entonces, la era del crecimiento vigoroso y el rápido aumento del nivel de vida, que habían sustentado su éxito original, habían quedado realmente atrás, y los efectos de la recesión mundial desde mediados de la década de 1970 comenzaban a dejarse sentir. El brusco giro de Mitterrand en 1983, que recortó el gasto público para imponer una economía más austera susceptible de estabilizar la moneda y abandonó la palabrería sobre el socialismo en favor de la retórica de la disciplina financiera, fue saludado por muchos como una decisión adecuada para asentar el sistema político sobre unos cimientos más sólidos. Al neutralizar al PCF como un cómplice inútil para el cambio y desacreditar la perniciosa tensión revolucionaria en la cultura del país, había sentado las bases de una República de Centro estable: ya no

¹ El 40 por 100 de los desempleados lo son de larga duración; el 86 por 100 de los nuevos empleos en 2016 eran temporales, el 80 por 100 de ellos con contratos de menos de un mes: «The economy that France's next president will inherit», *Financial Times*, 8 de mayo de 2017.

dependía del carisma individual de un héroe nacional, que desconfiaba de los partidos, sino que ahora estaba sólidamente anclada en el consenso ideológico multipartidista de que el capitalismo era la única manera sensata de organizar la vida moderna. Con el PCF al fin eliminado de la escena como actor serio, Francia podía esperar el tipo de alternancia entre un centro-izquierda y un centro-derecha que diferirían en detalles, pero coincidirían en lo esencial, como certificado de una democracia liberal.

Así es como, aparentemente, sucedió todo. En el Elíseo, Mitterrand fue sucedido primero por Chirac (1995-2007) y luego por su desleal ministro Sarkozy (2007-2012), al que sucedió Hollande: diecinueve años de gobierno presidencialista de centro-izquierda, y diecisiete años de centro-derecha. Hasta 2002, cuando el período presidencial fue reducido de siete a cinco años, haciendo coincidir las elecciones presidenciales con las legislativas, hubo incluso alternancia dentro de la alternancia —«cohabitación»—, cuando un bando conseguía el puesto de primer ministro gracias a una mayoría en la Asamblea Nacional mientras que el otro seguía ocupando la presidencia: Chirac y Balladur bajo Mitterrand, Jospin bajo Chirac. Pero bajo la superficie, por razones culturales profundas, el equilibrio era siempre menos estable de lo que parecía. A partir de la década de 1980, como en otros países de Occidente, el imperativo de la época era la radicalización neoliberal de las operaciones del capitalismo: desregulación, privatización, flexibilización. En Francia esa agenda estaba destinada a provocar tensiones dentro de los electorados tanto de centro-derecha como de centro-izquierda².

El gaullismo, del que el centro-derecha se presentaba como heredero, aunque cada vez más nominalmente, nunca había intentado desmantelar la versión local del Estado del bienestar de posguerra, ampliando este, por el contrario, a medida que aumentaban los ingresos fiscales, y siempre se aseguró, al menos, un tercio del voto de la clase obrera, manteniendo los tradicionales baluartes del conservadurismo en la sociedad rural y las pequeñas ciudades, todo ello coronado por las elites empresariales y tecnocráticas modernas, que se hallaban al mando del capitalismo francés. El liberalismo nunca había sido una palabra clave en la Francia de la posguerra, donde se asociaba típicamente con un *laissez-faire* desenfrenado. La llegada del neoliberalismo —el prefijo apenas evitaba levantar

² El análisis más claro y certero de estas cuestiones se encuentra en Bruno Amable y Stefano Palombarini, *L'illusion du bloc bourgeois. Alliances sociales et avenir du modèle français*, París, 2017, *passim*.

ampollas— abrió, como era previsible, una línea de fractura en el bloque de centro-derecha entre sus componentes empresariales, burocráticos y profesionales, con el tiempo cada vez más ansiosos por beneficiarse de una supresión de las trabas anticuadas, que obstaculizaban la obtención de beneficios, y sus notables provinciales, los pequeños funcionarios o los artesanos pequeñoburgueses, por no hablar de los obreros que tenían que sufrirlos o verse marginados por ellos; tensiones similares surgieron cuando, en una fase posterior, se añadieron a las cuestiones económicas problemas morales, que suscitaban divisiones: ¿Tenía que haber un mercado de los derechos reproductivos? ¿El matrimonio debía ser neutro desde el punto de vista del género?

Inevitablemente, el advenimiento del neoliberalismo dividió también al electorado de centro-izquierda, que las habilidades de Mitterrand habían dejado bajo el control prácticamente total del Partido Socialista, mientras que los restos del PCF se veían obligados a seguirle el paso por el sistema electoral de dos vueltas. La mayoría de los votantes de centro-izquierda provienen del extremo inferior de la pirámide de ingresos: obreros, maestros, trabajadores de cuello blanco mal pagados y empleados del sector público, que tenían sobre ellos a profesionales, personal gestor o directivo y administradores estatales, mucho mejor pagados, flanqueados por el amplio y bien dotado *establishment* mediático e intelectual del país, que dirigía el aparato del PS. La doctrina hayekiana tenía poco que ofrecer a los primeros, pero suponía una atracción creciente para los últimos, cada vez más persuadidos de que los impulsores básicos de la necesaria modernización de la sociedad sólo podían ser la empresa y el mercado. La fisura en el centro-derecha se reproducía así en el centro-izquierda. A cada lado, el estrato dominante del bloque respectivo estaba decidido a acometer el giro neoliberal, que Mitterrand había puesto en marcha a principios de la década de 1980. Pero como ambas tenían que ganar las elecciones para acceder al poder, ninguna de las dos podía arriesgarse a enemistar a los votantes potenciales haciendo campaña demasiado abiertamente por la agenda neoliberal o provocando reacciones sociales violentas al materializarla demasiado radicalmente desde la Administración. El resultado fue un conjunto insatisfactorio de medidas implementado a medias y deplorado por todos los medios de comunicación extranjeros portavoces de la circunspecta opinión liberal: el *Financial Times*, *The Economist* o el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. El gasto público seguía siendo demasiado elevado; el Estado del bienestar no se veía reducido a un tamaño aceptable; las empresas no disponían de la libertad sin freno que deseaban;

los presupuestos seguían siendo deficitarios; los sindicatos no habían sido destrozados; los servicios de correos, las prisiones y otros muchos servicios públicos seguían en manos del Estado. En su timidez, el centro-derecha y el centro-izquierda compartían la responsabilidad por el fracaso de Francia a la hora de abrazar la modernidad.

2

De hecho, la simetría era incompleta. Había una diferencia significativa en los problemas que el neoliberalismo planteaba a cada coalición y las maneras en que cada una los afrontaba³. Para el centro-izquierda, el componente de su base electoral que podía perder con cualquier versión francesa de las hazañas de Thatcher o Blair era mayor que el correspondiente segmento de apoyo al centro-derecha, y corría el riesgo de perder más, al ser socialmente más vulnerable como responsable último del mismo. Para hacer frente a esta dificultad, el ps requería una laminación ideológica más asertiva de su trayectoria, capaz a la vez de embellecer sus objetivos y distraer de ellos. Ese fue el legado de Mitterrand: el ideal inspirador de Europa. A su servicio los franceses fueron llamados a liberalizarse y modernizarse. En privado, Mitterrand –más sincero que sus sucesores– sabía lo que eso significaba, como le confió a Jacques Attali desde el principio: «Me siento dividido entre dos ambiciones: la construcción de Europa y la justicia social. El Sistema Monetario Europeo es una condición de éxito para la primera, pero limita mi libertad en la segunda»⁴. Una vez que la UE quedó establecida, cada iniciativa pro mercado podría ser exaltada o excusada como exigida por la solidaridad con Bruselas. Con cierta frecuencia, el centro-derecha también consideraba esto una *exutoire* [válvula de escape] conveniente, pero nunca podía recurrir a Europa como un triunfo ideológico para cualquier fin sin renunciar a sus pretensiones de representar cierta memoria del gaullismo, aunque no lo necesitara. Los objetivos neoliberales llegaban con mayor naturalidad a una parte mayor de su electorado, requiriendo menos adornos prestados para ellos.

Al mismo tiempo, sin embargo, el centro-izquierda era el mejor equipado de los dos bloques para introducir las reformas neoliberales. La resistencia frente a ellas provendría con mayor probabilidad de las clases populares

³ En el excelente informe de Amable y Palombarini falta una atención suficiente a esto.

⁴ Jacques Attali, *Verbatim I*, París, 1993, p. 399.

en las que residía la mayor parte de su propia base social; en particular, aunque no exclusivamente, de los sindicatos, donde sólo se podía confiar en la colaboracionista CFDT, que tragaría prácticamente cualquier cosa. Si el centro-derecha se atrevía a provocar un conflicto frontal con los trabajadores sindicalizados o con los movimientos estudiantiles, por no hablar de las capas populares más amplias que simpatizaban con ellos, corría un alto riesgo de derrota, como descubrieron Juppé en 1995 y De Villepin en 2006. Por el contrario, aun reclamando representar a los perjudicados y oprimidos – e interpretar sus intereses fundamentales– el PS se encontraba en una posición más favorable para neutralizar tal oposición, como demostró el éxito de Valls en su ataque orquestado mediante la aprobación de una ley laboral favorable a los empresarios en 2016. Tampoco fue casualidad que a lo largo de los años el centro-izquierda privatizara muchas más empresas públicas que el centro-derecha.

3

Inevitablemente, las persistentes dificultades, que se remontan a la década de 1980, en el camino de una transformación neoliberal del capitalismo francés, se intensificaron cuando la crisis financiera de 2008-2009 golpeó al país. El deterioro de la economía, a medida que el crecimiento se reducía y el desempleo aumentaba, hacía que los duros remedios del mercado fueran aún menos tolerables para los que sufren en los escalones más bajos de la sociedad, pero aún más urgentes para que Francia volviera a ser competitiva, como único camino para una prosperidad generalizada a ojos de quienes ocupan los escalones más altos. La crisis azotó a Francia durante la presidencia de Sarkozy, que hizo lo que pudo debatiéndose entre la necesidad de reforma y la necesidad de su reelección, sin lograr al final ni una ni otra. Con el centro-derecha frustrado, la alternancia volvió a imponerse, poniendo al centro-izquierda al frente del gobierno. Pero si la presidencia de Sarkozy fue una decepción para el primero, Hollande demostró ser un desastre para este último, estirando hasta el punto de ruptura su ya deshilachada cuerda floja entre la promesa electoral y la actuación política. Después de hacer campaña con una retórica más radical que sus predecesores, anunciando que «mi enemigo son las finanzas» y prometiendo la revisión del Pacto de Estabilidad dictado por Berlín y Bruselas, mayores impuestos para los ricos y auxilio a los pobres, Hollande pronto presidía un gobierno más decididamente inclinado a los intereses de los

primeros y a la cola de Berlín incluso que Sarkozy, confiando aún más en las aventuras militares en África y Oriente Próximo para inyecciones temporales de adrenalina nacional. El crecimiento no se aceleró ni el presupuesto se equilibró; la renta per cápita continuó estancada; el número de desempleados, lejos de caer, aumentó.

Al cabo de un año desde su elección, Hollande era ya el presidente menos popular de la historia de la Quinta República. Sarkozy disgustaba por su fanfarronería y decepcionó las expectativas puestas en su presidencia; pero cuando se postuló para la reelección, todavía contaba con un 48,4 por 100 del electorado, según las encuestas. Hollande, por el contrario, era despreciado por sus indignidades y, mucho más decisiva y ruinosamente, enojó o alejó a la gran mayoría de los que habían votado por él. Cuando ya sólo le quedaban menos de doce meses de mandato, sus calificaciones en las encuestas habían caído a un solo dígito. Ese colapso en el apoyo popular carecía de precedentes. Parecía seguro que la cuerda floja estaba a punto de romperse, precipitando su caída. Sin embargo, tal era el sentimiento de autoestima de Hollande, que con la contienda presidencial de 2017 a sólo seis meses de distancia, todavía estaba empeñado en postularse para la reelección, calculando que podía usar la autoridad del cargo para mantener al PS tras él y disponer así de una buena oportunidad de mantener al centro-izquierda en el poder. De lo primero, al menos, tenía razones para estar seguro: era muy poco probable que el partido destituyese a un presidente en ejercicio como candidato. Todos esos cálculos se vieron destrozados por la publicación en otoño de un libro de seiscientos cincuenta páginas en el que dos periodistas de *Le Monde* contaban sus conversaciones con él, grabadas durante cinco años entre 2011 y 2016. Como *sottisier* [colección de despropósitos] suicida de rencores y jactancias triviales, el efecto de esas entrevistas constituyó la versión francesa de las cintas de Nixon, pero en este caso, increíblemente, no fueron ocultadas, sino concebidas como una forma de autopublicidad⁵. De la noche a la mañana, lo que quedaba de su reputación estaba destruido. Finalmente se dio cuenta de que su candidatura era desesperada y, al poco tiempo, estaba fuera de la carrera.

⁵ En octubre de 2015 todavía daba por sentado un segundo mandato. Especialmente perjudiciales eran sus injurias al poder judicial («cobardes»), sus ministros («inaudible», «insustancial», «no identificable»), el mundo de la cultura («duro e ingrato»), por no hablar de la lamentable figura que ofrecía cuando hablaba de sus dos amantes: Gérard Davet y Fabrice Lhomme, «*Un Président ne devrait pas dire ça...*». *Les secrets d'un quinquennat*, París, 2016, pp. 155, 388-389, 81-95, 125, 129 y ss.

El centro-derecha, al que las encuestas daban una amplia ventaja, parecía tener a su alcance una victoria fácil, ya que Francia se disponía a su alternancia habitual. A raíz de la autodestrucción de Hollande, el partido que Sarkozy había reetiquetado como Les Républicains celebró unas primarias a dos vueltas para elegir a su candidato a la presidencia. Para sorpresa general, ni Sarkozy ni Juppé, el favorito, salieron victoriosos; fue en cambio el ex primer ministro de Sarkozy, François Fillon, quien se llevó el premio con una mezcla heterodoxa de thatcherismo y gaullismo: un programa socioeconómico más radicalmente neoliberal que los que nunca se habían presentado antes en Francia, rompiendo con compromisos consensuados en torno a las políticas de bienestar, combinado con una política exterior más independiente que la que ninguno de los dos bandos se había atrevido a imaginar desde De Gaulle, la cual rompía con los tabúes mantenidos por la UE y Estados Unidos sobre Rusia y Oriente Próximo. Con una gran ventaja en las encuestas nacionales –a principios de diciembre de 2016 casi llegaba al 30 por 100 de las preferencias para la primera vuelta–, parecía destinado a ser el próximo presidente, dado el acuerdo automático entre los partidos para respaldar a quien se enfrentara a su rival más cercana, Marine Le Pen, que estaba siete puntos por detrás de Fillon, pero tenía prácticamente garantizado su paso a la segunda vuelta, en la cual podía afirmarse casi con total seguridad que más del 60 por 100 del electorado votaría por quien se opusiere a ella.

Seis semanas más tarde, un rayo puso fin a esa perspectiva. El 24 de enero *Le Canard enchaîné* reveló que Fillon había utilizado durante años sus prerrogativas para nombrar personal auxiliar como diputado en la Asamblea Nacional, para pagar a su esposa y, más tarde, también a dos de sus hijos, por servicios prestados imaginarios. Inmediatamente sometido a investigación judicial –tras haber dicho durante las primarias, en un ataque apenas velado contra Sarkozy, durante mucho tiempo amenazado por hacer lo mismo, que tal posibilidad descalificaría inmediatamente a cualquier persona para postularse a la presidencia–, su ventaja en las encuestas se derrumbó. Una semana más tarde había caído al tercer lugar, y ya nunca se recuperó. El centro-derecha, incapaz de obligarle a retirarse, había quedado de repente fuera de juego.

Al eliminar a Fillon, *Le Canard enchaîné* se convirtió en el Gran Elector del país; su intervención decidía efectivamente la carrera por la presidencia,

cuyo resultado era previsible a las pocas horas de su publicación. La espectacularidad de su exclusiva no despertó casi ninguna curiosidad en cuanto a su origen, aunque ahí estaba sin duda la clave del *dénouement* [desenlace]. Las malversaciones de Fillon no eran nada desacomunado en la clase política francesa. Se estima que alrededor de un centenar de diputados en la Asamblea Nacional usaban sus prerrogativas de un modo similar, aunque quizá con más frecuencia eran amantes, y no esposas, quienes estaban en nómina. Las sumas de dinero involucradas, considerables en comparación con los ingresos de la gente corriente, no eran más que el chocolate del loro en el escalón superior de la corrupción política en Francia; poco más que una «ratería», como dijo un crítico mordaz. Sin embargo las pruebas, que requerían acceso a cuentas bancarias, declaraciones de impuestos y cosas similares, eran más difíciles de conseguir. ¿Cómo las consiguió *Le Canard enchaîné* en un momento tan estratégico? El semanario, catalogado como el más escandaloso de Francia, similar a *Private Eye* en Gran Bretaña, suele ofrecer como éste una combinación de sátira y denuncia. Si el humor descacharrante del semanario francés hace parecer a su contrapartida británica un prodigio de agudeza, la mayor diferencia radica en la intimidad de *Le Canard enchaîné* con el mundo tenebroso de las maniobras a escondidas de la clase política y las operaciones manipuladoras de los servicios de inteligencia franceses, habiendo sido más de una vez instrumento voluntario de unas y otras⁶. El momento en que expuso públicamente a Fillon era una indicación inequívoca de que no se trataba del fruto de meses de investigación independiente y paciente, sino simplemente de un paquete –en sintonía con la orientación política de la revista– entregado por partes interesadas localizadas en el aparato del Estado. Podrían haber sido agentes del ps en el Ministerio de Finanzas, con la intención de frustrar la probable victoria del bando opuesto; confidentes de Sarkozy, de los que todavía hay muchos en la policía, para vengarse de Fillon por todo lo que hizo para lanzar sospechas sobre su rival en el asunto Jouyet⁷; o el complejo militar-diplomático de seguridad, con el objetivo de destruir

⁶ Para la abundante documentación sobre la interpenetración de personal y las connivencias de la revista con el ps de Mitterrand, con quien sus editores estaban encaprichados, y su papel particularmente odioso como conducto para los esfuerzos de su régimen para ocultar su responsabilidad por el hundimiento del *Rainbow Warrior* y el asesinato de un activista de Greenpeace en Nueva Zelanda, que *Le Canard* se esforzó por atribuir a los servicios secretos británicos en lugar de a los franceses, véase el desagradable informe de Karl Laske y Laurent Valdiguié, *Le vrai Canard. Les dessous du Canard enchaîné*, París, 2008, pp. 245-347.

⁷ Respecto a lo cual, véase G. Davet y F. Lhomme, «*Un Président ne devrait pas dire ça...*», cit., pp. 445-456.

una amenaza para la unidad franco-alemana sobre Crimea y las sanciones occidentales contra Rusia, del mismo modo que sus homólogos estadounidenses contrarrestaron la inclinación de Trump a aproximarse a Moscú. Con independencia de cuál fuera la fuente de la información, su efecto en la campaña electoral fue mayor que el de todos los discursos juntos pronunciados por los diferentes candidatos.

5

Le Canard enchaîné publicó su historia dos días después de que la primera vuelta de las primarias celebradas en el Partido Socialista hubiera revelado toda la magnitud del desorden que reinaba en el centro-izquierda. Una vez que Hollande había dado marcha atrás, su primer ministro Manuel Valls, que desde hacía mucho tiempo estaba esperando su oportunidad, anunció que se postularía como presidente. Valls, el admirador más conocido de Blair en Francia, nunca había sido popular en el partido, como político demasiado inclinado hacia su derecha que pedía demasiado abiertamente que este dejara de lado toda pretensión de socialismo. Sin embargo, esperaba sacar provecho de su puesto como jefe del gobierno y de su imagen de enemigo jurado del terrorismo. Pero su aguda inclinación neoliberal y autoritaria durante su último año en el cargo había provocado suficiente repugnancia en la base del partido para descartarlo. Muy por delante en la primera vuelta y contundente ganador en la segunda, otro de los ministros de Hollande, Benoît Hamon, que había dimitido del gobierno a finales de 2014, era el candidato de la izquierda del partido. Una figura desvaída, que gozaba de poco o ningún apoyo en el aparato del partido y con escaso atractivo más allá del perímetro cada vez más reducido de su base, su victoria simplemente anunciaba la situación a la que se había visto reducido el PS: vacío y dividido, negándose el propio Valls a votar por él. Su nombramiento, decidido justo después de que Fillon fuera eliminado del ring, dejó al centro-izquierda tan claramente escaso de opciones como había quedado el centro-derecha cinco días antes. En abril obtendría tan sólo el apoyo del 6 por 100 del electorado.

6

En la segunda semana de febrero, con los dos pilares de la alternancia eliminados, ya estaba claro quién sería el próximo presidente. En octubre de 2016, Emmanuel Macron, ministro de Economía de Hollande, había dimitido de su puesto para competir contra su patrón. En abril había creado un movimiento etiquetado con su propio monograma, En Marche!, con la obvia intención de sondear las posibilidades de llegar al Elíseo, y en noviembre anunció su candidatura. Producto típico de la franja superior de la clase política, *énarque* que se movía sin esfuerzo entre el servicio público y el enriquecimiento privado, pasando de inspector de finanzas a millonario instantáneo con la banca Rothschild, se había incorporado al PS en 2006, emergiendo de él en 2009, después de establecer las conexiones que lo alzaron en 2012 hasta el séquito personal de Hollande, donde se convirtió en subdirector de personal y, en breve plazo, a la edad de 36 años, en ministro líder del gobierno. Extasiado ante aquel niño mimado, Hollande vio en él una versión anterior de sí mismo, adornando su régimen con un toque de glamour juvenil. *Macron, c'est moi*, les dijo a sus periodistas⁸. En cuanto a la política, no se equivocaba: poco o nada los separaba; los antecedentes de Macron le garantizaban que sería un paladín de la desregulación beneficiosa para los empresarios que Hollande quería. Que formalmente ya no fuera miembro del PS apenas importaba, ya que en privado Hollande ya decía que el partido era una herencia enojosa del pasado. Pero en creer que Macron sería un príncipe heredero leal, ya que debía su promoción a Hollande, estaba muy equivocado. De cerca, Macron podía ver el destino probable de su régimen y en el momento adecuado no dudó en ayudar a derribarlo para favorecer sus propias ambiciones. En el momento en que anunció su candidatura ya había reunido a un nutrido grupo de empresarios, burócratas, profesionales e intelectuales, además de un presupuesto adecuado para su campaña, y contaba con una cobertura mediática exuberante, que le permitía avanzar como la encarnación de todo lo que era dinámico y orientado hacia el futuro en Francia.

Ideológicamente, Macron había lanzado desde el principio En Marche! como un movimiento que trascendía la anticuada oposición entre derecha e izquierda vigente en Francia, para crear una política de centro nueva y

⁸ *Ibid.*, p. 357: más adelante, esta perla: «*Emmanuel Macron est un être qui n'est pas duplice*» [Emmanuel Macron es un ser carente de duplicidad], p. 366.

fresca, liberal en economía pero con sensibilidad social. Pero ese mismo llamamiento era algo muy ajado, repetidamente ofrecido por diversos políticos de un tipo u otro, y que aunque correspondía a una demanda real en la zona media del espectro de la opinión política, nunca había desalojado con éxito la dicotomía entre izquierda y derecha; en parte debido a la lógica polarizadora del sistema electoral, pero también porque la oposición dominante era la que se daba entre dos bloques, cada uno de los cuales podría reclamar legítimamente el mismo prefijo: centro-izquierda y centro-derecha. Ahora, sin embargo, cuando ambos habían quedado incapacitados, un centro «puro» autodeclarado podría por primera vez imponer su ley. Al proyectar su construcción, Macron tuvo que lidiar con el último pretendiente al papel, el político católico François Bayrou, que se había postulado a la presidencia en todas las elecciones desde 2002 (logrando un alto porcentaje de votos —el 18,57 por 100— en 2007) y que podía atraer a los electores de Macron si se volvía a presentar. El partido político del que provenía, la UDF, era una creación de Giscard en la década de 1970, y en sus sucesivas metamorfosis —desde 2007 adoptó el nombre de Mouvement Démocrate (MoDem)— ha servido como un aliado tradicional, aunque no invariable, del partido mucho mayor de origen gaullista dirigido por Chirac —de quien Bayrou fue ministro— y Sarkozy⁹. Siempre había sido un componente más significativo del bloque de centro-derecha que cualquier grupo semejante existente en el centro-izquierda. Dado que Macron apenas podía ocultar su paso por el PS, le resultaba aún más importante asegurarse el apoyo de Bayrou, para hacer ver que su candidatura tenía un respaldo visible desde el campo opuesto, donde la bandera del centro siempre se había alzado más resueltamente. El 22 de febrero de 2017 Bayrou se incorporó a su candidatura y Macron subió inmediatamente cinco puntos en las encuestas. El centro era ahora suyo. Muy por delante de Fillon, con Hamon languideciendo muy por detrás, parecía haberse asegurado la presidencia.

7

Ésa no era, sin embargo, la visión predominante en los medios franceses, por no hablar de los internacionales. En ellos, las elecciones se presentaban como una contienda dramática, incluso angustiosa, dominada por

⁹ Su éxito relativo en las elecciones de 2007 le permitió a Bayrou lanzar la iniciativa de transformar la UDF en el nuevo partido MoDem, ofreciendo con él una variante algo menos conservadora del centrismo.

la amenaza del Frente Nacional –el apenas velado fascismo o populismo rabiosamente tóxico, según los gustos–, a punto de llegar al poder, en una versión gala de la victoria de Trump en Estados Unidos, dictada en parte por la lógica típica de la prensa y la televisión. Las noticias no son noticias si son predecibles: los estremecimientos de temor se venden mejor que aburridas garantías de confort. Pero también, y mucho más importante para los propósitos de la segunda vuelta, era la lógica estándar del orden establecido: cuanto más estridente era el peligro de la extrema derecha, más abrumadora era la necesidad de que todos los ciudadanos decentes se unieran al paladín de la democracia, cuya identidad podía dejarse discretamente en blanco en un primer momento, antes de corporeizarse, para alivio general, en un encantador joven banquero.

Las realidades actuales del FN tienen poco que ver con todo esto. Formado a principios de la década de 1970 por el ex paracaidista Jean-Marie Le Pen, fue originalmente un pequeño partido de extrema derecha, de corte clásicamente anticomunista y antisemita, que una década más tarde logró su primer y todavía modesto avance electoral (9,65 por 100) recogiendo votos de obreros desilusionados por el giro de Mitterrand hacia la austeridad. Desde el punto de vista ideológico, se mantuvo –y esto no era tan habitual en los partidos de extrema derecha de la época– enérgicamente pro europeísta, partidario del libre mercado y antiestatalista¹⁰. Después de Maastricht decayó su entusiasmo por Europa y aumentó gradualmente su apoyo popular, como el único partido que no estaba implicado en el visible desgaste del sistema político y el deterioro de las condiciones de vida. En 2002 las clases dirigentes se estremecieron cuando Le Pen llegó a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, antes de ser aplastado por el abrumador 82 por 100 obtenido por Chirac¹¹, y cinco años más tarde se vio reducido a una décima parte del electorado. A raíz de ese revés, Le Pen se retiró y su hija Marine se hizo cargo de la dirección del partido. A partir de entonces, la combinación de la Gran Recesión, las habilidades políticas mucho mayores de Marine y la caída en picado del régimen de Hollande pusieron viento

¹⁰ Los periodistas extranjeros, emocionados de que Macron hiciera interpretar la «Oda a la alegría» de Beethoven, adoptada por la UE como himno oficial, podrían haberse sorprendido al enterarse de que a finales de la década de 1980 el mismo *kitsch* musical resonara en los amplificadores de los mítines de Jean-Marie Le Pen.

¹¹ Para los antecedentes de la elección en la manipulación por Jospin de la Constitución, su fiasco en las urnas y el fútil abatimiento de la izquierda en la segunda vuelta de 2002, véase P. Anderson, *The New Old World*, Londres y Nueva York, 2009, pp. 174-177.

en sus velas. Crucial para su éxito fue el reposicionamiento de Marine no sólo como martillo de la UE, sino también –otra transformación de 180 grados– como defensora de las políticas de bienestar social y de la intervención estatal contra las devastaciones del neoliberalismo. En 2014, el FN obtuvo la primera posición en las elecciones europeas en Francia, haciéndose con la cuarta parte de los votos.

Sociológicamente, ese ascenso fue un triunfo de la clase obrera, dado que el partido ocupó gran parte del espacio abandonado por el comunismo francés. Ya no se trataba del proletariado industrial sindicalizado de antaño, en gran parte destruido por la desindustrialización, sino su sucesor atomizado, que subsiste a duras penas con contratos de corta duración en empresas más pequeñas, alejado generacionalmente de su predecesor en su experiencia cotidiana y en su entorno cultural, y cuya franja superior ya no está formada por maestros y empleados públicos subalternos, como en el PCF, sino por pequeños empresarios y profesionales autónomos o artesanos en el FN. Unidos por la hostilidad a los políticos y tecnócratas por arriba y a los inmigrantes y vagabundos por abajo, las contradicciones de este bloque no eran objetivamente menores que las de los dos campos en competencia de la clase dirigente, pero no estaba sometido a la misma tensión subjetiva: puesto que el Frente estaba excluido del sistema político, no podía ser culpado por sus fechorías; era la única fuerza organizada claramente inocente de ellas y, con frecuencia, la única que decía la verdad desnuda sobre las mismas. Con Marine Le Pen se había convertido en el primer partido de la clase obrera francesa. En la primera vuelta de las elecciones de este año, el número de trabajadores que votaron por ella fue muy superior al de los que prefirieron a cualquier otro partido: el 37 por 100; en la segunda vuelta, el 56 por 100. A medida que la desigualdad de ingresos y la inseguridad en el empleo aumentaban constantemente bajo el sistema de la alternancia connivente, también lo hacía el número de los que estaban dispuestos a votar por el FN: 4,8 millones en las elecciones presidenciales de 2002, 6,8 millones en las elecciones regionales de 2015, 7,7 millones en la primera vuelta en 2017, 10,6 millones en la segunda vuelta, aunque esta última cifra esté condicionada por las distorsiones impuestas por la *double tour*. Su nivel real de apoyo es de alrededor del 20 por 100 del electorado, menor que el porcentaje de los que –sobre todo trabajadores– se abstienen, votan en blanco o inutilizan sus papeletas de voto¹². Nunca hubo la menor posibilidad de que Marine Le Pen pudiera

¹² Se estima que antes de 2017 menos de uno de cada siete trabajadores votaba efectivamente por el FN, estando mucho más generalizada la abstención proletaria:

ganar la presidencia. Lejos de ser una amenaza mortal para el sistema, el FN es una parte eminentemente funcional del mismo, que reúne a todas las opiniones respetables que de otro modo pudieran vacilar o cuestionarlo, en una defensa ansiosa o autojustificada del *statu quo*: el espantajo ideal de una república neoliberal.

8

Fuera también del sistema, en el flanco opuesto, estaba la reciente creación de La France Insoumise, dirigida por Jean-Luc Mélenchon. Una generación más joven que Tony Benn, y ocho años menor que Oskar Lafontaine, Mélenchon es la última figura importante de los partidos europeos de la Internacional Socialista, que ha virado bruscamente, ya muy avanzada su carrera, a la izquierda; en su caso, descartando incluso la etiqueta como demasiado estrecha. Procedente de una familia *pie-noir*, que regresó de Marruecos a Francia en 1962, y tras una formación temprana en la rama lambertista del trotskismo francés, que produjo muchos cuadros del PS, se convirtió en un ardiente admirador de Mitterrand y, ascendiendo rápidamente en el Partido Socialista, a la edad de 35 años era el senador más joven de la historia de la Quinta República. Activo en las querellas y disputas internas del partido desde una posición de izquierdas, durante tres décadas permaneció leal a su dirección, defendiendo la conversión de Mitterrand a la austeridad, votando por Maastricht, convirtiéndose en ministro con Jospin y aprobando su calamitoso cambio de la Constitución.

En 2005, sin embargo, se opuso a la propuesta de Constitución Europea, apoyada abrumadoramente por el PS y rechazada por una gran mayoría en el referéndum subsiguiente. Tres años después abandonó el partido para crear un pequeño grupo propio a la izquierda del mismo, con el que negoció una alianza con el PCF para competir juntos en las elecciones europeas de 2009 y, después, en las presidenciales de 2012 como Front de Gauche, con él como candidato presidencial. La experiencia no fue

Patrick Lehingue, «“L'électorat” du Front National. Retour sur deux ou trois “idées reçues”», en Gérard Mauger y Willy Pelletier (eds.), *Les classes populaires et le FN*, París, 2016, pp. 33-37, quien admite, sin embargo, que más de la mitad del electorado del FN es de clase obrera de un tipo u otro y que en sus listas electorales están representados más trabajadores que en cualquier otro partido. Esta capa de apoyo se concentra en el norte y el nordeste del país; en el sur su electorado es más conservador, procedente de una pequeña y mediana burguesía teñida de catolicismo.

un gran éxito, ya que Mélenchon consiguió el 11,11 por 100 de los votos, apenas algo más que el porcentaje combinado de varias organizaciones menores de izquierda en 2002 y el FG sólo obtuvo el 7 por 100 en las subsiguientes elecciones legislativas. Mélenchon había esperado que el Frente uniera a los socialistas desilusionados y los comunistas residuales en una versión francesa de Die Linke en Alemania (Lafontaine estuvo presente en su fundación), pero el PCF, aferrado a sus acuerdos locales de larga tradición con el PS, no tenía ninguna intención de dejarse absorber de esa manera y, por consiguiente, no se sumó a la operación.

Cambiando de táctica, cuatro años después Mélenchon creó un movimiento completamente nuevo, La France Insoumise, para presentarse de nuevo a las presidenciales, esta vez independientemente de cualquier otra fuerza. El cambio no fue sólo organizativo. Fascinado durante algún tiempo por el éxito de los gobiernos heterodoxos en América Latina, se inspiró especialmente en el ejemplo de Rafael Correa en Ecuador, como él ex ministro de un partido socialdemócrata, que había sido pionero en la idea de una «revolución ciudadana», que reescribiría la Constitución, redistribuiría la riqueza y protegería el medio ambiente. Ése era el camino a seguir: abandonar los esquemas agotados de la izquierda europea tradicional en favor de un populismo radicalmente progresista, convocando al pueblo a combatir contra las elites que controlaban un sistema político y económico en bancarrota. Impresionado por la visión estratégica de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, con los que se encontró en Argentina en 2013, Mélenchon empezó a aplicar sus lecciones en casa¹³. Con un programa similar al de Correa, sus demandas iban encabezadas por el llamamiento a fundar la Sexta República a partir de una Asamblea Constituyente, que eliminara la monarquía presidencial y el sistema electoral amañado, para crear una democracia parlamentaria equitativa con derecho de revocación e iniciativa para la convocatoria de referendos¹⁴; La

¹³ Véase su propio relato en Jean-Luc Mélenchon, *Le choix de l'insoumission*, París, 2016, pp. 310-316. «En suma, Chávez, Correa, Mujica, Laclau y Mouffe liberaron mi lenguaje y mi imaginación política». El capítulo latinoamericano de su experiencia fue «lo que me permitió, antes que a otros, reemplazar la antigua fijación con los asalariados organizados». En España, «Podemos ha hecho el mismo intento. Todos sus líderes han aprendido de la América Latina revolucionaria. Pero en Francia, como en Europa, ¿cuántos han participado en ese torbellino de ideas? ¡Muy pocos! La mayoría sigue estancada en los viejos esquemas de la izquierda europea tradicional, a pesar del evidente fracaso de sus métodos», pp. 315-316. Chantal Mouffe iba a ser una presencia destacada en los mítines de Mélenchon.

¹⁴ Detallado en J.-L. Mélenchon, *L'avenir en commun. Le programme de la France insoumise et son candidat*, París, 2016, pp. 23-27.

Francia Insoumise sustituyó las banderas rojas y la Internacional por la tricolor y la Marsellesa en sus asambleas, apelando a todos los patriotas, independientemente de su clase o edad, a levantarse contra la decadencia de la Quinta República. Tomando prestado el grito que expulsó a Ben Ali en Túnez, *Dégagez!* [¡Largaos!], éste se convirtió en el *leitmotiv* de la campaña. Ampliamente reconocido como vencedor de los debates televisivos, dirigiéndose con una retórica inigualable a grandes asambleas de masas mediante la proyección de hologramas en varias ciudades a la vez, Mélenchon logró el mayor aumento de apoyo –alrededor de siete puntos porcentuales– de todos los candidatos en las últimas semanas de campaña.

9

Fue una hazaña impresionante. La votación final en la primera vuelta dio un resultado que presentaba a los cuatro candidatos principales estrechamente agrupados: Macron con una ventaja clara en el 24,01 por 100, y los otros tres separados por apenas un punto porcentual: Le Pen 21,30, Fillon 20,01, Mélenchon 19,58¹⁵. El giro populista de La Francia Insoumise había dado fruto. Mélenchon desplazó a Le Pen de su posición mantenida durante mucho tiempo como la figura política más popular entre la juventud de la nación, obteniendo el 30 por 100 del grupo de edad de 18-24 años, y entre los desempleados, con el 31 por 100, con un notable grado de apoyo también entre los inmigrantes jóvenes de las *banlieues*. En cuatro de las diez ciudades más grandes de Francia, Marsella, Toulouse, Montpellier y Lille, conquistó el primer puesto. La Francia Insoumise, con un porcentaje ligeramente menor que el de Podemos en las elecciones celebradas en España durante el verano anterior (21 por 100), haciendo campaña con un programa mucho más radical, reduciendo a Hamon a poco más del 6 por 100, logró lo que el movimiento español había intentado sin lograrlo, aplastar al Partido Socialista en las urnas¹⁶. Pero no había superado al FN: Marine Le Pen mantenía una gran ventaja entre los trabajadores de cuello azul y de cuello blanco, y entre los dos grupos de ingresos más bajos. Juntos, el FN y

¹⁵ En el último mes de la campaña, Fillon subió su estimación de apoyo, pero sin acercarse en absoluto a Macron, movilizándolo a un electorado neoconservador católico que en los últimos años ha mostrado un crecimiento sorprendente entre los jóvenes educados, lo cual le proporcionó gran parte de la energía para su triunfo en las primarias del centro-derecha.

¹⁶ Su tarea era, por supuesto, más fácil: en España, el PSOE ejercía una oposición –bastante penosa, todo hay que decirlo– frente a un gobierno de centro-derecha sin haberse visto desacreditado por una catástrofe del centro-izquierda.

La Francia Insoumise obtuvieron el 40 por 100 de los votos a finales de abril. Otro 24 por 100 se abstuvo o votó en blanco¹⁷. Ningún otro país de Europa Occidental ha visto un rechazo tan radical del orden establecido. Dos de cada cinco votantes, se estremecían los comentaristas, estaban aparentemente dispuestos a respaldar cualquier aventura demente¹⁸. ¿Hasta dónde podría llegar esto?

En realidad, las dos fuerzas antisistémicas, en lugar de conformar conjuntamente una insurgencia populista común, se anulan mutuamente. Por muy similares que sean sus críticas al sistema social y económico, las insuperables diferencias morales e ideológicas sobre la inmigración las sitúan en los extremos opuestos del espectro político, donde cada una demoniza a placer a la otra¹⁹. La ventaja del FN en la competencia entre ambas fuerzas políticas proporciona el terreno necesario para la unidad ritual en torno a la Quinta República y así en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales este prestó el mismo servicio que había prestado quince años antes. Esta vez, sin embargo, el atractivo de una *union sacrée* fue menor. Mélenchon declinó instar a sus votantes a alinearse tras un vencedor tan repulsivo para ellos, que además no tenía necesidad de su apoyo, y dos quintas partes no lo hicieron, alcanzando las abstenciones su nivel más alto en casi cincuenta años. Macron llegó a puerto con un margen enorme, duplicando prácticamente el voto de Le Pen; aunque a escala nacional no llegara al nivel de Chirac, lo igualó en París, con una puntuación al estilo uzbeko enormemente gratificante del 90 por 100. De un electorado de 47,5 millones de votantes, Macron obtuvo 20,7 millones de votos, mientras que 16,2 millones de electores se abstuvo o votaron en blanco y 10,6 millones optaron por Le Pen.

¹⁷ Para los datos, véase el Informe Ipsos, *Premier tour. Sociologie des électorats et profils des abstentionnistes*, 23 de abril de 2017.

¹⁸ Un arrebato típico, al estilo en francés de Elizabeth Drew en su momento, o de Philip Stephens en la actualidad, fue el de Alain Duhamel, «La tentation de l'aventure», *Libération*, 20 de abril de 2017.

¹⁹ No en la misma medida: donde el fuego del FN se ha dirigido abrumadoramente contra la puerta giratoria de los dos partidos principales, de los que Marine Le Pen hacía mofa calificándolos como UMPs indistinguibles, Mélenchon ha señalado a menudo como enemigo principal al FN. También existe una asimetría sobre el tema central que los divide: mientras que el FN propone soluciones xenófobas tajantes contra la inmigración, la France Insoumise —como la mayoría de la izquierda europea en general, desprovista de respuestas comparativamente específicas—, trata de eludir como puede el tema. *L'avenir en commun*, su programa para las elecciones de 2017, contiene ochenta y tres apartados: la palabra inmigración no aparece en ninguno de ellos.

Lo que las cifras dejaron claro fue el origen político y la procedencia social del apoyo a Macron. En la primera vuelta recogió el 47 por 100 de los que votaron por Hollande en 2012 y el 43 por 100 de los que votaron por Bayrou; en cada caso, prácticamente el doble que cualquier otro candidato, frente a sólo el 17 por 100 de los que habían votado por Sarkozy; y en la segunda, su puntuación más alta —el 71 por 100— la obtuvo entre quienes habían votado antes por Hamon. Socialmente, ganó en la primera vuelta en las dos categorías superiores de ingresos²⁰. En otras palabras, su apoyo básico fue una versión reciclada del bloque centro-izquierda que llevó a Hollande al poder, aunque no fuera exactamente igual, porque ahora parte del mismo prefirió a Mélenchon y una porción más pequeña se mantuvo fiel a Hamon, pérdidas ambas compensadas por los votantes de Bayrou, que habían optado en proporción similar por Sarkozy en 2012, y por cerca de un tercio de la UDF, que después de que Bayrou la abandonara se había quedado en el centro-derecha. El peso relativo de los dos componentes en el campo victorioso ha cambiado, pues, de forma que la coalición de Macron se encuentra más situada en el centro; pero dentro de ella no cabe dudar de cuál era el partido que suministra la mayor parte del personal clave y el *software* político-organizativo al nuevo gobernante. La pequeña camarilla política que lo rodea proviene del equipo reunido por Strauss-Kahn, antes de su caída en desgracia, para su propia carrera hacia la presidencia, o son ex colaboradores del Ministerio de Economía gobernado por el ps. Paradójicamente, las contingencias de la vanidad y el periodismo escandaloso —*Le Monde* y *Le Canard enchaîné* entre ellos— han producido el más sorprendente de todos los resultados concebibles: el presidente menos popular que se recuerde, encabezando el gobierno más desacreditado del que se tenga memoria, ha dado lugar a una sucesión encabezada por una figura de la misma estirpe, a quien creó y vio como su *Doppelgänger*. Llegaría a lamentar su confianza en que *Macron, c'est moi*, pero ahí está el grado de continuidad política entre los dos para que todos lo vean.

IO

Resplandeciente entre luces de neón con gran bombo publicitario en una jubilosa prensa internacional y cubierto de halagos en la nacional, Macron se presenta como la versión francesa de Trudeau u Obama, o para los

²⁰ Para esas cifras, véase el Informe Ipsos, *Deuxième tour. Sociologie des électeurs et profil des abstentionnistes*, 7 de mayo de 2017.

que tienen una memoria selectiva, de Blair. Las similitudes de ideología e imagen son reales, pero hay diferencias significativas. Personalmente, aunque se ha hablado mucho de su encanto, la mitad del país se ha mostrado inmune al mismo hasta ahora; en vísperas de la primera vuelta, el 46 por 100 de la población mostraba su desagrado hacia Macron, habiendo dejado su campaña una impresión de arrogancia, ostentación y estridencia. Arrogancia: *énarque* de *énarques*, exudando dinero y desdén por los compañeros menores, rodeado por los suyos: cinco de los siete que forman su círculo íntimo proceden también de la École Nationale d'Administration. Ostentación: su banal manifiesto de campaña se titulaba nada menos que *Révolution*, haciendo sonar clarines para sí mismo, ajeno al ridículo en sus pretensiones de intimidad con las mejores muestras de la literatura y la filosofía de la nación («Soy muy camusiano») mezcladas con rimbombantes pronunciamientos *patriotards* [patrioter]²¹. Estridencia: la propia de un telepredicador, gritando en los mítines con los brazos alzados. Una vez envueltos en la dignidad de la presidencia, esos rasgos quedarán, por supuesto, sometidos a un mayor control.

Tras ellos se halla evidentemente una voluntad e inteligencia política despiadadas que deja pequeños a sus análogos atlánticos. Ninguno de ellos se lanzó a la conquista del poder con tanta velocidad o bravuconería y tan poco lastre. Tampoco es ésa la única ventaja de Macron. Tanto el puesto que ha conquistado como el campo al que se enfrenta le dan mucha mayor libertad de maniobra. Los poderes de la presidencia francesa, sin la restricción de una eventual elección hosca del Congreso a medio mandato, y mucho menos de un Tribunal Supremo refractario, superan con creces a los de la estadounidense y

²¹ He aquí diversas muestras de ello tomadas al vuelo: «He aprendido de Colette lo que era una flor, de Giono un viento frío en Provenza y la verdad de los personajes. Gide y Cocteau eran mis insustituibles compañeros»; «Tomé el camino de los personajes de Flaubert y Hugo. Estaba consumido por la ambición de los fogosos jóvenes de Balzac»; «André Breton, que tanto amaba París, llegó un día por casualidad al Lot y gritó: ya no quiero estar en otro sitio. Nunca me cansaré de contemplar el alma inmóvil y fugitiva de Francia»; «En el espíritu de Francia hay una aspiración a lo universal que es a la vez una indignación incesante ante la injusticia y la opresión, y una determinación de contar a otros lo que pensamos del mundo, aquí, ahora y en nombre de todos. El espíritu de los enciclopedistas dirigidos por Diderot ofrece la quintaesencia de esta loca ambición, pero esa ambición somos nosotros», Emmanuel Macron, *Révolution*, París, 2016, pp. 14, 19, 45, 51-52. Por otra parte, en una publicación a cargo de un veterano de *Le Monde* (Eric Fottorini), Balibar, Ricoeur, Deleuze o Bourdieu son puestos a su servicio de manera similar, como naturalmente Camus, Chateaubriand, Char, etcétera, E. Macron, *Macron par Macron*, París, 2017, pp. 18-22, 31, 41, 46, 84-85, 91. Después de todo, «la política es un estilo, una magia», explicaba a su interlocutor.

son inmunes a la rebelión británica de los diputados de segunda fila; su designación como *royal* no es pura metáfora. Más allá de estas con-sabidas prerrogativas, además, ahora se abre ante él una oportunidad excepcional. Durante más de tres décadas la reforma neoliberal en Francia fue una sucesión de pasos difíciles en la dirección adecuada, que nunca podía adquirir gran impulso debido a la alternancia político-partidista entre el centro-derecha y el centro-izquierda, ya que cada uno de ellos se esforzaba por avanzar pese a los obstáculos que le ponía una parte significativa de su electorado y se sentía bloqueado por un sistema electoral que imponía una competencia bipolar entre ambos. En 2017, con la catástrofe del PS y la extenuación de su rival, se abren de repente grandes posibilidades de salir del estancamiento.

Históricamente, ningún nuevo presidente electo de la Quinta República ha dejado nunca de obtener la mayoría en la Asamblea Nacional y en bastantes casos esa mayoría ha sido abrumadora. Pero siempre fue una construcción partidista, compuesta de diputados que representaban a un partido o coalición de partidos preexistente, y a partir de la década de 1980, sujetos a presiones o demandas contradictorias de su electorado. Macron, con dos tercios de los votos en la segunda vuelta, puede confiar en la regla –reforzada deliberadamente por el cambio constitucional de 2001– de que después de su victoria el ejecutivo entrante dispondrá también de una mayoría legislativa cómoda. Pero, a diferencia de sus predecesores podría contar con una Asamblea a su gusto prácticamente *ex nihilo*, formada por los novicios y tráfugas de su aparato recién nacido, La République en marche, tan dependientes de su creador como lo eran los miembros de Forza Italia en el país transalpino. Si el núcleo inicial de esa construcción proviene del PS, incrustado con contribuciones del MoDem de Bayrou y unas pocas lentejuelas de la «sociedad civil», el objetivo estratégico es ampliarlo con la cooptación de las principales figuras de la derecha. Animados por la oportuna selección de uno de los suyos –Édouard Philippe, otro *énarque*– como primer ministro, y de Bruno Le Maire como ministro de Finanzas, muchos están ya ansiosos por subirse al tren y sin duda lo harán. Lógicamente, el resultado sería un centro homogéneo con una supermayoría, capaz al menos de realizar la modernización de Francia según las mejores prescripciones.

Sigue en vigor un sistema electoral excluyente, para cuya reforma es poco lo que se puede hacer institucionalmente. En 1958, con el 20,4 por 100 de los votos, De Gaulle consiguió 198 diputados, mientras que el PCF, con el 19,2 por 100, sólo consiguió 10. En la primera semana de junio era tan predecible el resultado en la primera vuelta de las elecciones legislativas, que más de la mitad del electorado ni siquiera se molestó en votar: el 51,29 por 100 se abstuvo y otro 2,23 por 100 votaron en blanco o transgredieron de algún modo las reglas, de modo que su voto fue nulo; una cifra sin precedentes no sólo en Francia, sino en cualquier país de Europa Occidental desde la Segunda Guerra Mundial. Con el apoyo de tan sólo el 15,39 por 100 del electorado, La République en marche estaba en vías de obtener hasta el 80 de la Asamblea Legislativa, en la mayor avalancha partidista de la historia de la Quinta República²². Les Républicains, desmoralizados por la desgracia de Fillon y debilitados por las deserciones, no están con ánimos, ni en situación, para causar muchos problemas. En las calles, los sindicatos, a excepción de la CFDT, tratan de resistirse, pero tras haberse demostrado incapaces de bloquear la reforma laboral de El Khomri propugnada por Hollande, es poco probable que les vaya mejor con Macron, al menos al principio, durante el periodo de luna de miel que disfruta todo nuevo gobierno. En el ámbito nacional, Macron disfrutará de la ventaja de la actual expansión del ciclo económico y, sin duda, será capaz de impulsar sin excesiva dificultad la mayor parte de su programa, algo así como una versión francesa de la Agenda 2010 de Schröder: desregulación del mercado de trabajo, recorte del gasto público, fomento y apoyo a las empresas de nueva creación, reducción de la fiscalidad empresarial, adelgazamiento del sistema de bienestar social. Tendrá el cuidado de convertirlo en una variante compensatoria y no disciplinaria del neoliberalismo, con unos pocos pagos paralelos a los más desfavorecidos. Como la deuda de las familias sigue siendo bastante baja –el 57 por 100 del PIB, frente al 53 por 100 en Alemania y el 88 por 100 en Gran Bretaña– hay suficiente margen para una burbuja crediticia. Apoyados por un gobernante que es

²² De los votos emitidos, LREM-MoDem obtuvo un 32 por 100, Les Républicains el 16 por 100, FN el 13 por 100, La France Insoumise el 11 por 100, y el PS el 7 por 100. Con el 3 por 100 más de votos que el FN, Les Républicains podría conseguir diez veces más diputados: cifras como éstas convierten en una farsa la quejas de que el FN es poco democrático.

uno de los suyos, los espíritus animales del capital pueden cobrar nueva vida, elevando la inversión.

Que los resultados colmen las expectativas es otra cuestión. El auge de las exportaciones alemanas, que devolvió al país un crecimiento moderado y el descenso del desempleo, fue impulsado por la represión salarial, no por la Agenda 2010, cuya contribución a la recuperación fue mínima, y se vio acompañada por una creciente desigualdad y precariedad: más del doble de trabajadores que en Francia gana menos de dos tercios del salario medio. Una cultura política pequeñoburguesa y la comparación con vecinos menos afortunados han mantenido el país sedado socialmente. Esas condiciones no pueden reproducirse fácilmente en Francia. Un superávit de exportaciones competitivas al estilo alemán es inalcanzable, no pasa de ser una expectativa falaz. La cultura política francesa, por mucho que las últimas *trente inglorieuses* la hayan diluido o dopado, sigue siendo un terreno potencialmente más explosivo que el tranquilo paisaje prevalente al otro lado del Rin. Si el crecimiento y el empleo se aceleraran, podría establecerse nuevamente en el país una atmósfera del tipo Segundo Imperio, pero eso está lejos de estar garantizado.

I 2

Esencial para el éxito de tal perspectiva es el aspecto más importante de la agenda de Macron, en la que la reforma interna se concibe como un pago anticipado. Su mayor interés es el futuro de la eurozona. En París se ha llegado a la conclusión ya hace algún tiempo de que la unión monetaria en su forma actual no sólo ha causado problemas a las economías más débiles de la ribera del Mediterráneo, sino también al crecimiento francés: la imposición del límite del 3 por 100 sobre el déficit público sólo ha sido tolerable, porque podía eludirse con la complicidad de Bruselas²³. En la carrera por la presidencia, la propuesta más sorprendente desde el campo de las opiniones respetables para tratar ese permanente dolor de cabeza para Francia vino del campo de Hamon, donde Thomas

²³ Para el imperturbable cinismo mutuo de la Comisión y de Hollande en exigir y aceptar el techo, sabiendo ambos perfectamente que Francia no lo respetaría, sólo para disuadir a otros Estados miembros de incumplirlo, véase el intercambio de Hollande con sus sorprendidos entrevistadores G. Davet y F. Lhomme, en «*Un Président ne devrait pas dire ça...*», cit., pp. 516-517. La única regla del Estado de derecho que la Unión mantiene ritualmente en vigor es que esta puede ignorarse cuando sea necesario.

Piketty y sus compañeros prepararon un proyecto de «Tratado para la democratización de la eurozona» condensado en veintidós artículos y encabezado por un enérgico preámbulo. El T-Dem, como se le bautizó, crearía un parlamento de la eurozona compuesto por diputados de cada parlamento nacional, elegidos por cada partido en proporción a su peso en este último (complementado con un pequeño tramo similar desde Estrasburgo), que votaría los impuestos para el presupuesto común de la misma, el cual estaría destinado a la promoción del «crecimiento duradero, la cohesión social y la convergencia económica», la mutualización de todas las deudas públicas por encima del 60 por 100 del PIB y la elección de un ministro de Finanzas de la eurozona, que administraría el mencionado presupuesto resultante. Para convencer a los votantes del PS residual de que ese paquete sería de su agrado, Piketty y sus coautores explicaron, con cifras en la mano, que en un parlamento de la eurozona la izquierda podría contar con una sólida mayoría²⁴. La ingenuidad política del plan –como si con independencia del resto de sus disposiciones, cada una menos aceptable para la opinión alemana que la anterior, ese cálculo lo fuera a hacer más aceptable para los socialcristianos bávaros o para los liberales holandeses– no exige demasiada atención.

La versión de Macron era prudentemente más vaga, proponiendo un parlamento de la eurozona –un organismo aún menos realista, compuesto por todos los «miembros de cada parlamento nacional», esto es, miles de personas, que se reuniría una vez al mes–, y un ministro de Finanzas de la Eurozona para lanzar un plan de inversión audaz, sin especificar de dónde provendrían los fondos²⁵. Para el Ministerio de Finanzas de Berlín, esta propuesta podría ser probablemente perdonada como un farol de campaña, que no debería tomarse demasiado en serio. La clase política alemana es muy consciente de que Macron es su interlocutor ideal, improbable de mejorar, y hará todo lo posible para reforzarlo; Schäuble declaró incluso antes de la elección que «haría cuanto estuviera en su mano para ayudarlo». Así que el respaldo de la eurozona está prácticamente asegurado, pero el inconveniente radica en que este será en gran medida cosmético, muy por debajo de la posibilidad de otra asamblea impotente y un ministro de paja, que duplicarían estructuras ya existentes en la Unión. Tal y como están las cosas, cualquier cosa más seria se enfrentaría a una fuerte oposición no sólo en la

²⁴ Stéphanie Henneke, Thomas Piketty, Guillaume Sacriste y Antoine Vauchez, *Pour un traité de démocratisation de l'Europe*, París, 2017, pp. 61-62, 74-75, 31-38.

²⁵ E. Macron, *Révolution*, cit., pp. 235-236.

República Federal, sino en los parlamentos holandés, finlandés y otros. El equilibrio de fuerzas en un sistema de poder neoliberal pero aún no neofederal va en contra de cambios enérgicos.

En los márgenes del sistema pueden encontrarse respuestas más radicales a lo que ha acabado siendo la Unión Europea. En Francia, la moneda única no es apreciada ni por el populismo de izquierda ni por el de derecha, aunque durante mucho tiempo este ha adoptado una posición mucho más clara que aquel. En la campaña electoral, Mélenchon se acercó más que en el pasado a la idea de un Frexit, pero tanto él como Le Pen, conscientes de que la perspectiva asusta a la mayoría de los votantes y, especialmente, a los ancianos, negaron cualquier intención de proponerlo unilateralmente. ¿Entonces, qué? Sólo Mélenchon planteó la cuestión en su marco apropiado. El problema de la refundación de la unión monetaria no es un problema técnico, como se suele decir, sino un problema geopolítico. Francia tenía el peso económico y demográfico, si tuviera la voluntad política, para llamar a capítulo a un Banco Central Europeo que no rinde cuentas –el verdadero problema, no el euro– y obligar a Alemania, una sociedad envejecida que no es tan fuerte como parecía, a aceptar la democratización social y económica de la Unión, so pena de romperla²⁶. Es la relación de fuerzas lo que cuenta en última instancia. Francia, y con ella Europa, estará a merced de las elites financieras y burocráticas hasta que los franceses recuperen su vigor; pero ningún lenguaje podría ser más ajeno al nuevo gobernante del país. ¿Por qué pelear con Alemania, cuando es todo lo que deberían ser Francia y Europa?

12 de junio de 2017

²⁶ J.-L. Mélenchon, *Le choix de l'insoumission*, cit., pp. 381-383.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net